Premio Hans Christian Andersen 1984

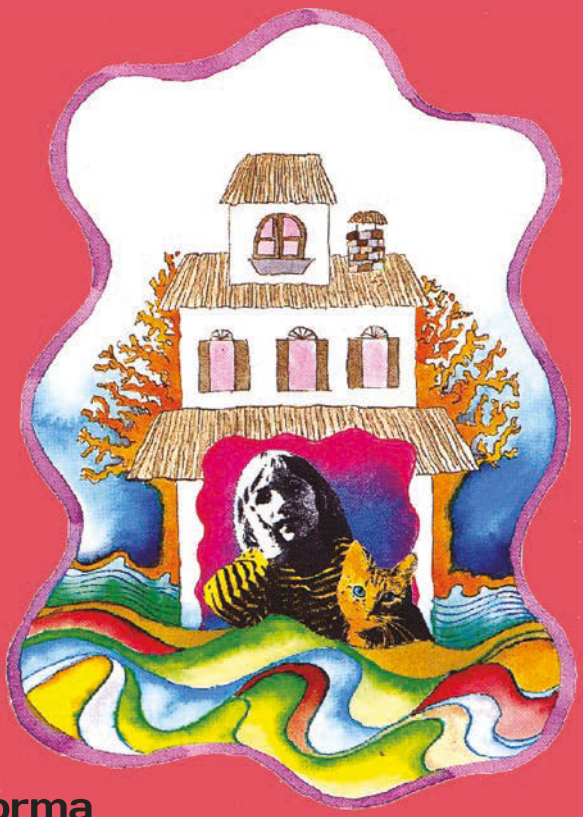
The Astrid Lindgren Memorial Award

Colección Torre de Papel Amarilla

Un marido para mamá

Christine Nöstlinger

Ilustraciones de Neftalí Vanegas



Norma

Un marido para mamá

Un marido para mamá

Christine Nöstlinger

Traducción de Felipe Lanchas González
y Martha Antonieta Nalus Fuentes

Ilustraciones de Neftalí Vanegas

Norma

mx.edicionesnorma.com
Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Título original en inglés:
Ein Mann für Mama
D.R. © Christine Nöstlinger, 1972
D.R. © Editorial Norma, S.A., 1995, para Estados Unidos, México, Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, República Dominicana, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile
Av. El Dorado 90-10, Bogotá, Colombia.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

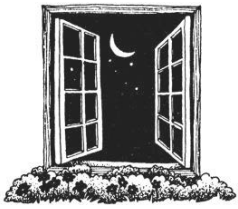
* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición, agosto 2009
Tercera reimpresión, abril 2020

Impreso en México - *Printed in Mexico*

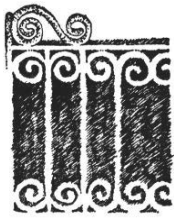
Edición: Cristina Puerta
Diagramación y armada: Nohora E. Betancourt V.

ISBN 978-958-04-2382-9



Contenido

Capítulo I	7
Capítulo II	19
Capítulo III	37
Capítulo IV	47
Capítulo V	59
Capítulo VI	77
Capítulo VII	95
Capítulo VIII	113
Capítulo IX	131
Capítulo X	153
Capítulo XI	171



Capítulo I

En el jardín había una rosaleda. Era redonda y en ella crecían rosales frondosos de flores amarillas. Se llamaban rosas de té, según la abuela, aunque ni tenían el color del té, ni podía prepararse té con ellas. (La tía abuela tenía razón cuando decía: "Ruido y humo son los nombres").

Susi se paseaba despaciosamente por la rosaleda. Su nombre completo era Susana Alicia Enriqueta Carolina Kratochwil. Se paseaba en torno a la rosaleda y llevaba las manos cruzadas a la espalda y la cabeza inclinada. Estaba componiendo un poema. Lo hacía con frecuencia. Antes tenía un cuaderno grueso color rosa. En la cubierta había escrito: "Cuaderno de poemas: Susana Kratochwil".

Allí había escrito sus mejores poemas con letra de molde, pero un día su hermana lo encontró y le leyó algunos de los poemas a toda la familia. Se paró en medio de la sala y, con los brazos extendidos y a voz en cuello, gritó:

—¡Atención, atención! ¡He aquí la última producción de la joven poeta! *Los hombres*, por Susana Alicia Enriqueta Kratochwil.

Hizo una pausa y, poniendo los ojos en blanco, dijo:

—¡Les pido silencio!

Susi hizo cuanto pudo por arrebatarle el cuaderno, pero no lo logró porque su hermana era mucho mayor. Sosteniendo el cuaderno en alto, leyó con voz potente:

Los hombres
En el mundo los hombres están muy sonrientes.
Y muestran graciosos sus dientes.

Desde entonces Susi sólo componía poemas mentalmente. Así nadie podía reírse de ella. Y eso que su padre decía que le gustaban. Pero papá no contaba. No estaba allí, ni vivía en la casa de la rosaleda de rosas de té. Vivía en una vieja mansión en Alsergrund, totalmente solo. Su única compañía era el gato Felipe. La madre de Susi afirmaba que el gato no había venido con ellas porque los gatos se acostumbraban mucho más a las casas que a las personas. Susi lo dudaba. El gato Felipe siempre había preferido a papá. Además se

alegraba de que el gato Felipe no estuviera allí. La tía abuela Alicia hubiera convertido su vida en un infierno. Lo hubiera cepillado todos los santos días y desempolvado con el plumero. Y le lavaría las patas cada vez que entrara del jardín. Allí la limpieza era lo más importante. Cuando uno entraba tenía que limpiarse los pies en la estera de la entrada durante dos minutos, igual que un caballo que quiere su terrón de azúcar. El gato Felipe no lo hubiera soportado.

La casa era de la abuela o de la tía abuela Alicia. No era fácil determinarlo con precisión. El testamento del bisabuelo no era muy claro. Por eso la tía abuela afirmaba que la casa le pertenecía, mientras que la abuela decía que la casa era suya y que la tía abuela no decía sino bobadas.

Entonces la tía abuela Alicia susurraba:

—¡Nuestro padre, alma bendita, debe estarse estremeciendo en su tumba!

Al pensar en papá y en la vieja mansión de Alsergrund, y por estar dando el reloj de la torre las seis, Susi compuso el siguiente poema:

Entre las cinco y las seis
mi mundo se vuelve al revés.
Sigue una sombra,
recuerda un aroma.
Y no olvides los sueños
que tienes ahora.

"No está nada mal", pensó Susi.

Se lo aprendió de memoria, pero alguien la interrumpió. Era la tía abuela Alicia, que la estaba mirando por la ventana del medio de la sala:

—¡Susana! Está haciendo frío. La altanería sin freno pocas veces trae algo bueno. ¡Entra enseguida en la casa!

Susi entró en la casa. No tenía sentido oponerse a la tía Alicia. Tenía nervios de acero. Si Susi no hubiera entrado de inmediato, la hubiera seguido llamando durante una hora con voz quejumbrosa y le hubiera recitado por lo menos diez refranes. Y cuando hubieran regresado la abuela, la tía Irmela y mamá, la tía abuela habría dicho durante toda la tarde: "He estado llamándola desde la ventana como la voz que clama en el desierto. La he llamado hasta reblandecer las piedras. Una hora completa. A mí no me hace caso. ¡A mí no!"

Susi decidió entrar inmediatamente en la casa. Pero antes le quebró el tallo a una rosa de té del rosal preferido de la abuela y pensó: "¡Mañana temprano se habrá marchitado!"

Susi hizo esto a pesar de que le agradaban las rosas de té amarillas y por el momento no tenía nada en contra de la abuela.

Se sentó en la sala en el sofá color azul cielo que la tía abuela llamaba *cheslong*, que es una palabra francesa, aunque se escribe *chaise longue*. Junto a la *chaise longue* había una

mesita redonda de una sola pata. La pata era gruesa y redonda y no se podía tocar con los pies porque era muy costosa. Sobre la mesita costosa había un mantel de seda con grandes flecos en los bordes.

Susi comenzó a trenzar los flecos. Trenzas pequeñas y resistentes.

—¡Susana, te lo suplico! —se quejó la tía abuela—. Si quieres hacer trenzas, ve a buscar una muñeca.

—Ya estoy muy grande para muñecas —contestó Susi.

—Entonces también estás muy grande para hacer trenzas —aclaró la tía abuela.

—Está bien, tía —murmuró Susi, destrenzando los flecos. La tía abuela Alicia fue de un lado para otro de la sala. Jaló aquí, empujó y corrió allá. Puso en orden los pliegues de las cortinas y las carpetas triangulares de las cómodas. Corrió el televisor un centímetro a la izquierda, y la lámpara de pie un centímetro a la derecha. Empujó el frutero hasta el centro de la mesa y corrió la alfombra pequeña para que formara un ángulo recto con la alfombra grande. Sólo dejó en paz al tilo de la sala y a la planta de caucho, pues acostumbraba decir: "Lo más importante para las plantas de interior es la tranquilidad".

—¿Dónde está Irmi? —preguntó Susi.

"Irmi" era el apodo de Irmela, la hermana de Susi. Tenía catorce años, cuatro más que Susi.

La tía abuela Alicia puso en orden las borlas de la cubierta del piano. Movió los hombros y dijo con voz quejumbrosa:

—¿Y por qué habría de saberlo? A mí nadie me cuenta nada —y añadió—: Creo que fue a casa de una amiga. Una cierta Erna. Pero no sé si fue o no, pues es posible que esté hablando por teléfono. Desde que ustedes tres viven aquí se ha duplicado la cuenta del teléfono.

Susi se fijó en la tía abuela, en sus cabellos blancos y delgados, en sus ojos pequeños color azul Danubio y en su barbilla de carnicero.

"¡Cabra vieja! ¡Cabra vieja y mala!", pensó Susi.

La tía Alicia cerró la ventana.

—Hace frío —murmuró—, demasiado frío para principios de septiembre.

—Veintitrés grados centígrados —dijo Susi y le dio un puntapié a la alfombrita para que no quedara tan recta.

La tía Alicia no se dio cuenta de esto porque estaba mirando a la calle que daba al jardín.

—Es indignante —bufó.

—¿Qué es indignante? —interrogó Susi, aunque sabía que la tía abuela no había visto nada indignante.

—Ese Meier, ese mal educado. De nuevo ha estacionado su auto frente a nuestra cerca.

—¿Acaso está prohibido? —preguntó Susi.

A ella le caía bien el señor Meier. Y le caía aun mejor cuando estacionaba su auto frente a la cerca de la abuela.

—Estrictamente hablando no está prohibido —dijo acalorada la tía abuela—, pero es una ley no escrita que la cerca, la acera y la calle frente a una casa pertenecen también a la casa.

—Pues díselo al señor Meier —sugirió Susi. La tía abuela rechazó la propuesta aterrorizada.

—¡Yo no me meto con ese mal educado! Y además se ríe, el impertinente. ¡Pero la altanería precede a la caída! Y quien no quiere oír tendrá que sentir. Además yo no tengo auto. Eso tendrán que arreglarlo con él tu mamá, tu abuela o tu tía. ¡Todas ellas tienen auto!

Susi no se aguantaba a la tía abuela un instante más.

Se levantó de la *chaise longue* y abandonó la sala de estar. Se dirigió a la cocina, abrió la ventana y de un salto salió al jardín. Corrió hasta la cerca del jardín de los vecinos. Se encaramó para poder ver sobre los arbustos y llamó:

—¡Beni, Beni, oye, Beni!

No lo llamó demasiado alto porque no quería que la tía abuela la oyera. Beni, Benjamín Meier, era el hijo del señor Meier. La tía abuela se enfurecería si supiera que Susi trataba al hijo de ese mal educado.

—La manzana no cae lejos del tronco —dijo, y añadió—: —¡De tal palo tal astilla! la tía

abuela siempre tenía un par de refranes para cada ocasión.

Beni no oyó a Susi, pero su perro, un sabueso viejo y gordo a quien llamaban Don José, vino hasta la cerca.

—Buenos días, Don José —dijo Susi—. ¿Está Beni en casa?

Don José ladró suavemente. Susi concluyó que había dicho que sí. Saltó la cerca y corrió a casa de Beni. Don José la siguió, jadeando; era asmático y no podía correr rápidamente.

En la cocina de Beni, Susi comió jamón, tomó Coca-Cola y habló de la maldad de las tías abuelas (a lo cual Beni no pudo añadir nada, porque él no tenía tías abuelas).

Intentemos aclarar quién era quién en la familia de Susi y qué tipo de vida llevaban.

Comencemos:

En primer lugar, la abuela. Se llamaba Enriqueta Buchinger (Susi había heredado de ella el segundo nombre). La abuela tenía sesenta años, más o menos. Era muy alta, bastante gorda y tenía una voz profunda.

El padre de Susi la llamaba "señora sargento" y hacía todo lo posible por evitarla. Decía que con verla una vez durante la Pascua era suficiente; sin embargo, ella siempre había sido muy amable con él.

La abuela tenía un negocio en donde vendía las cosas más disparatadas: taburetes, man-

tequilleras, cepillos para caballos, cucharones con mango de madera, saleros, planchas de metal y ollas de cobre.

A la tía abuela Alicia, ya la conocemos. No tenía profesión. Llevaba sobre sus hombros el cuidado de la casa de la abuela. No sólo limpiaba el polvo, ordenaba y movía los muebles de aquí para allá, sino que además preparaba mermelada de frambuesa con cognac y torta de limón. Odiaba a los hombres. No solamente a Meier; no le gustaba ningún hombre. La engañó un hombre con quien se iba a casar, hacía casi medio siglo. Nunca llegó a la iglesia.

El esposo de la abuela Enriqueta había muerto hacía muchos años. En la sala había un retrato suyo, pero no es importante para nuestra historia.

La abuela tenía dos hijas: Carolina, la madre de Susi, y la tía Irmela, que tenía apenas treinta años. Se veía como de veinte. Era sumamente delgada, rubia y ojiazul, y tenía una naricita pequeñita y tierna. En una ocasión Susi le dedicó un poema.

La tía Irmela le ayudaba a la abuela en el negocio. Siempre atendía a los clientes hombres. Cuando un caballero entraba en el negocio de la abuela —el padre de Susi lo llamaba "el baratillo"— y miraba los ojos azules de la tía Irmela, se convencía de que una mantequillera floreada era precisamente lo que debía poner en su vestíbulo, y no entendía cómo

había podido sobrevivir tanto tiempo sin tener en su casa un pie de elefante. O quizás se convencía de que un hombre sensato debía sentarse en un taburete antiguo si quería estar cómodo y que todo hombre de mundo debía tener colgada sobre su cama una pipa de espuma de mar. La tía Irmela se valía de su sonrisa para convencer a los caballeros más tercos y menos inclinados a comprar. Tenía dos hoyitos en cada mejilla y uno en el mentón, y cuando sonreía y miraba con sus ojos azul profundo, hasta el caballero más fuerte terminaba regalándole a su esposa una plancha de hojalata para sembrar un cactus.

La madre de Susi era un poco mayor que la tía Irmela, y no era tan delgada, rubia y ojiazul. Trabajaba en una *boutique* llamada "Soho-Lady". Su trabajo era agotador. Debía saber exactamente qué suéteres y qué faldas se llevarían el año entrante y cuántos abrigos se venderían al año siguiente. También debía predecir si las clientas preferirían abrigos a cuadros o a rayas.

La hermana de Susi también se llamaba Irmela, pero todos la llamaban simplemente "Irmi". Era muy linda. Era casi tan flaca, rubia y ojiazul como la tía Irmela.

Hasta hace dos meses Susi vivía en Alsergrund con mamá, Irmi, papá y el gato Felipe, en el tercer piso de una casa enorme. Hace dos meses estuvieron de vacaciones en Yugos-

lavia. En el aeropuerto hubo una pequeña pelea sobre quién llevaría los pasaportes y los pasabordos. Y otra, porque papá compró cuatro cartones de cigarrillos en una tienda *Duty Free*, donde todo era más barato, en vez de un perfume Dior.

Como tales peleas no eran nada raras en la familia Kratochwil, Susi no se preocupó. Se subió al avión y durante todo el viaje entre Viena y Split no hizo más que comer todo lo que le ofreció la azafata. Miró por la ventanilla, admiró las montañas de nubes rosadas, le encantaron el mar, el sol y las sandías. Entre una y otra cosa, pensó que tal vez había dejado en casa, debajo de la cama, una de las aletas de natación.

—Irmi, he olvidado una de las aletas en casa —le dijo a su hermana, cuando el avión aterrizó. Irmi subió los hombros:

—Yo dejé la parte superior de ambos bikinis en el baño —murmuró.

—¿Todavía están enojados? —preguntó Susi señalando a sus padres que esperaban las maletas.

—Parece que sí —dijo Irmi.

—¿Para qué necesita mamá un perfume Dior durante las vacaciones? —preguntó Susi—. De todos modos el agua le quita a uno todo el aroma.

—¿Para qué necesita papá cuatro cartones de cigarrillos? —exclamó Irmi—. No puede fumarse dos cigarrillos a la vez.

Cómo le fue a la familia Kratochwil el resto de las vacaciones lo sabremos por el diario de Susi.

El diario era cuadriculado, pues en realidad era un cuaderno de matemáticas. Mamá lo había comprado antes de que partieran a vacaciones, diciendo:

—Susi, tienes que estudiar durante las vacaciones. En otoño comienzas el bachillerato y estás mal en matemáticas.

Susi no pensaba echar a perder sus vacaciones con ejercicios de cálculo. Escribió en la cubierta *Diario* y le confió concienzudamente todas sus impresiones. (Claro, sólo las que pensó que valían la pena).

Podemos saltarnos tranquilamente las tres primeras páginas del diario. Dan cuenta de la compra de un par de aletas y de un bikini, describen el cuarto del hotel y dan detalles sobre el camarero jefe del restaurante. También cuentan que las olas alcanzaban dos metros y que Susi se lanzó de cabeza tres veces, pero esto no es del todo correcto. Las olas eran sólo de medio metro y Susi se zambulló solamente hasta las rodillas.

Comencemos con el cuarto día de vacaciones.